

pecie de toneles en que el arte moderno aprisiona al predicador cisalpino.

No he visto recojimiento más perfecto. Es cierto que la materia misma inspiraba, sobre todo en Roma, un interés poderoso: *María reina de los Apóstoles*, tal fué el tema del orador. Y no sé qué debía admirarse más: si la noble sencillez ó la prodigiosa erudición con que fué tratada esta materia. Como hombre superior que es el padre Ventura, al hablar á un auditorio compuesto en parte de gentes del pueblo, supo, por la claridad evangélica de su alocución, ponerse al nivel de los espíritus más sencillos; y al mismo tiempo su profunda ciencia atraía el asentimiento de la razón más elevada. Nos demostró que María merecía su título glorioso, no solo porque fué la madre del Rey de los Apóstoles, sino también porque había sido el primer apóstol de su Hijo. En el pesebre le hizo conocer de los Magos; en el cenáculo ella presidía á la difusión de la Iglesia, después de haber presidido á su nacimiento en la gruta de Bethleem. Ella fué la que reveló á los Apóstoles los misterios de la santa Infancia; ella la que obtuvo el perdón para San Pedro, para los Apóstoles la fidelidad, y para San Estéban el valor del martirio; ella, la que puso fin á la controversia entre San Pedro y San Pablo. A ella edificó Pedro una iglesia en Palestina, Pablo en España, Tomás en la India, Andrés en Acáhia. Al oír cada una de aquellas proposiciones, la mayor parte tan nuevas para mí, me decía yo interiormente: ¡Cómo va á probarlo el padre! Mas hé ahí, ¡cosa admirable! que á continuación de cada asercion venían en clase de prueba uno ó muchos textos de los Padres de la Iglesia. Este sermón produjo una impresión profunda y dió una alta idea, así de la elocuencia, como de la ciencia del predicador. Al acabar se detuvo el padre, todo el auditorio se puso de ro-

dillas y se rezaron en voz alta tres *Ave María*, á fin de que la gracia viniese como un bienhechor rocío á fecundar la semilla sagrada depositada en las almas; esto me pareció tierno y muy lógico. Durante este momento de descanso, los miembros de una cofradía hicieron la colecta. Cubiertos con grandes sacos de burato negro, que les ocultaba hasta el rostro, recorrían todas las naves de la iglesia. Para no molestar á la concurrencia pasando entre la gente, llevaban consigo unas largas varillas, en cuyas extremidades estaba suspendido un saco; hacían llegar éste delante de cada uno de los oyentes, el cual podía sin esfuerzo alguno depositar en él su ofrenda; por último, una bendición con el Santísimo Sacramento coronó el sermón.

Debo decir que la predicación italiana difiere notablemente de la nuestra. En Roma particularmente, las materias de moral tienen la preferencia; allí no se soportan nuestros sermones filosóficos. Una materia práctica apropiada á las necesidades del auditorio, los testimonios de la Escritura, de los Padres, de los Concilios, con algun rasgo histórico; hé ahí el fondo de la predicación. En cuanto á la forma, es sencilla, el estilo es ménos estudiado que entre nosotros, el patético mucho más frecuente, sobre todo el diálogo con el oyente ó con el crucifijo invariablemente fijo en la cátedra, cuando el predicador no le tiene en la mano. A las materias de moral, se une la hermenéutica ó explicación histórica, dogmática y moral de la Santa Escritura. Más tarde hablaré de esto.

15 DE ENERO.

Iglesia de Belisario.—Santa María *in Fornica*.—Hoguera imperial.—Descripción.—Funerales de Augusto, su mausoleo.—Pormenores sobre la camisa de amianto.

Nos quedaba por visitar la parte del Campo de Marte que está inmediata al mausoleo de Augusto. En vez de dirigirnos á la plaza de España, tomamos la dirección de la fuente de *Trevi*, y pasando por la Rotonda, llegamos al centro de Roma, al nuevo teatro de nuestras investigaciones. La razón de este rodeo era el deseo de visitar la pequeña iglesia de Santa María *in Fornica*, edificada cerca de la fuente *Trevi*; su nombre le viene de los arcos *fornices* que sostenían el antiguo acueducto del agua virginal. Los adornos que la decoran nada tienen de notable; pero su origen excita vivamente la curiosidad del viajero. Belisario, obedeciendo ciegamente á las órdenes sacrílegas de la emperatriz, había osado deponer al papa Pelagio. Pero este ilustre guerrero no vivió largo tiempo sin reconocer su falta; se humilló, se arrepintió de ella, y para perpetuar la memoria de su arrepentimiento, mandó levantar esta Iglesia que habíamos ido á visitar. En la parte exterior de la pared lateral, se ve una tabla de mármol. Hé aquí esa inscripción tan groseramente esculpida:

Hanc vir patricius Vilsarius urbis amicus
Ob culpæ veniam condidit Ecclesiam.
Hanc ideirco pedem qui sacram ponis in ædem,
Ut miseretur cum sæpe precare Deum:
Janua adest templi Domino defensa potenti.

«El patricio Belisario, amigo de Roma, edificó esta Iglesia en reparación de su falta. Por tanto, los que entreis á este santuario, rogad frecuentemente á Dios que tenga piedad de él; hé aquí la puerta

del templo defendida por un señor poderoso.» El peregrino que entra á la iglesia monumental, ruega de buena gana por Belisario, y llora vivamente aquellas edades de fe en que la debilidad humana sabía rescatar sus faltas con una brillante expiación.

Llegamos á la calle *della Scrofa*, inmediata á la iglesia de San Agustín, y nos vimos en el lugar mismo en donde se levantaba en otro tiempo el *bustum* imperial; aquí venía á acabar la gloria de los señores del mundo. Antes de esperar los estragos de la tumba, sus cuerpos eran reducidos á cenizas. La hoguera que se levantó para quemar el cuerpo de Augusto, llegó á ser permanente y sirvió para consumir á sus sucesores. ¡Qué de graves pensamientos surgen en aquel lugar, testigo tantas veces de la vanidad de las grandezas más admirables á que puede el hombre llegar! El monumento fatal que sirvió para reducir á polvo á tantos Césares divinizados, pereció como ellos y solo quedan de él el lugar y el recuerdo, pero con la historia en la mano es posible reconstruirlo y estudiarlo.

Representaos un templo cuadrangular formado de una enorme pila de madera, cuyo interior está lleno de materias combustibles, y el exterior cubierto con tapiernas bordadas de oro, y adornado con pinturas y estatuas. Este templo se compone de cuatro pisos, disminuyendo el uno sobre el otro, de manera que el segundo es más pequeño que el primero, el tercero que el segundo y así sucesivamente. Cuando murió Augusto, se le expuso durante siete días en el vestíbulo del *palatium*. En un lecho vasto y elevado, adornado de oro, de marfil y de cojines de púrpura bordados de oro, se veía una estatua de cera parecida al emperador. ¡Ay! el señor del mundo no era ya más que un cadáver, y para quitarlo de la vista, se había reserva-

do un lugar en la parte inferior de este lecho, para encerrar allí el verdadero cuerpo. Augusto estaba representado acostado, cubierto con el vestido triunfal y aparentando la palidez de un enfermo 1. Cerca del lecho estaba un joven y bello esclavo, que con un abanico de pluma de pavo real, espantaba las moscas del rostro del príncipe, como para guardarle el sueño. Al rededor del lecho se veían sentados durante la mayor parte del día, á la izquierda, todo el Senado vestido de luto; á la derecha, las matronas distinguidas por las dignidades de sus maridos ó de sus padres. No llevaban compostura de oro, ni collares; todas estaban vestidas con simples túnicas blancas y en actitud de una profunda tristeza. Durante los siete días, se presentaron los médicos cuotidianamente, como si fueran á visitar á un enfermo, y decían cada vez: Va más mal 2.

El día de las exequias se trasladaron á la casa Palatina los cónsules designados, para levantar el lecho funerario, que pusieron en sus espaldas cuarenta soldados pretorianos. Delante del lecho se notaba una estatua de la Victoria, que por una lisonja muy delicada quiso el Senado que apareciera en aquella pompa fúnebre, como si aquella diosa fuera de la familia de los Césares. Estaba acompañada de dos estatuas de Augusto, una de oro en una camilla, y que estaba destinada á recibir los honores divinos, y la otra en un carro triunfal. Venían en seguida los bustos, no solo de todos los abuelos de la familia imperial, ménos Julio César, á causa de su divinidad, sino también los de todos los Romanos que desde Rómulo se habían hecho ilustres por sus bellas acciones. Entre los bustos y las estatuas aparecían también cuadros en los cuales se veían los títulos de todas las leyes dadas por Au-

1 Herodiam., IV, Ant., p. 87.
2 Id., id.

gusto 1 y los nombres de todas las naciones vencidas por él.

Comitivas de jóvenes de ambos sexos acompañaban la pompa fúnebre, cantando poemas en honor del difunto. El Senado, los caballeros, los soldados pretorianos y una multitud de ciudadanos, cerraban la marcha. Todos iban vestidos de luto, y en vez de anillos de oro los llevaban de hierro. 2 Al llegar al Forum se detuvo el cortejo. Allí se pronunciaron dos oraciones fúnebres, una por Tiberio y otra por el joven Druso. Los senadores, como ellos mismos lo habían decretado, vinieron á su vez á tomar el lecho en sus espaldas para llevarlo á la hoguera; se le colocó en el segundo piso del templo improvisado, cuyos pontífices y sacerdotes hicieron procesionalmente la ceremonia. El cortejo les siguió, y cada uno, al pasar, arrojó perfumes, plantas odoríficas, aromas de todos géneros, armas de honor recibidas en otro tiempo por los soldados á causa de sus bellas acciones en la guerra. 3 Tiberio y la familia imperial fueron á dar el último beso á la estatua de Augusto; se colocaron en seguida en un tribunal y se procedió á distribuir antorchas á los centuriones, que encendieron con ellas la hoguera. En ese mismo momento, se dió libertad desde el pequeño templo á una águila, que elevándose rápidamente por entre los torbellinos de llamas y de humo, emprendió su vuelo hácia el cielo, como para llevar á él el alma del ilustre muerto. Livia y los principales caballeros, vestidos con simples túnicas sin cinturones y con los pies desnudos, permanecieron cinco días después cerca de la hoguera, recogieron las cenizas del emperador y las encerraron en su mausoleo. 4

1 Tacit., Annal., I, 8.

2 Suct., Aug. 100.

3 Dio, Lib. VI, p. 685.

4 Roma en el siglo de Augusto, carta LXX, p. 10.

Este soberbio monumento, construido por Augusto mismo, se componía de una gruesa torre redonda, muy alta, de tres pisos concéntricos, de los cuales el segundo era de un diámetro menor que el primero, y el tercero menor también que el segundo. El espacio dejado por cada piso, estaba lleno de tierra y plantado en su contorno por árboles, que no despojándose jamás de su verdor, formaban un agradable contraste con las paredes del edificio que estaba edificado todo con mármol blanco. Una estatua de bronce, del emperador, formaba el complemento del último piso. En la parte inferior del mausoleo estaban los *loculi* para las cenizas del príncipe, de sus parientes y de sus amigos. 1 Detrás había un bosque sagrado con paseos abiertos para el público; luego una plaza rodeada por un doble recinto cercado, uno de mármol y otro de fierro, precedida de dos obeliscos de 60 piés de altura y cada uno de un solo trozo de granito oriental: tal era el mausoleo de Augusto.

De este monumento, que llevaba hasta los cielos el magnífico testimonio de nuestra nada, no queda hoy más que una gran ruina. Cuando el viajero entra á la calle de los *Pontífices*, y llega cerca del palacio Corea, se encuentra delante de gruesos muros vacilantes y destruidos, obra reticular de piedra calcárea, que es el basamento del soberbio túmulo; nada de mármol, ni de inscripciones, nada de estatuas ni de obeliscos; todo ha desaparecido. El diámetro actual de las ruinas del basamento, es de 220 piés romanos antiguos. Acer-

1 Quorum omnium (sepulcrorum) praeclaris simul est Mausoleum, ager ad omnem supra sublimen albi lapidis fornicem congestus et ad verticem usque semper virentibus arboribus copertus. In fastigio statua Augusti Caesaris: sub aggere loculi ejus et cognatorum ac familiarum. A tergo lucus magnus ambulationes habens admirabiles.—Strab., V., p. 211.

cándose á ver, se distinguen todavía en el contorno los vestigios de trece cámaras sepulcrales; la 14ª servía de entrada á la gran sala redonda colocada bajo el *agger*, cuyo diámetro era de 130 piés.

Las cenizas de Augusto, como las de todos los Césares, fueron arrojadas al viento; pero al fin vinieron á descansar en este lugar. ¿Por qué medio se las había podido distinguir de entre las otras cenizas de la madera que sirvió para consumir el cadáver imperial? Esta es una cuestión que no carece de interés, pero cuya respuesta exige algunos pormenores. El resultado de que hablo se debió al uso de la camisa de amianto, en la cual se envolvían los cuerpos destinados á la hoguera. Todo el mundo sabe que el amianto es un mineral filaginoso, de color gris ó aplomado, y que con él se hace un tejido que resiste perfectamente á la acción del fuego. El amianto se halla sobre todo en Córsega, en Chipre, en la India, en los Pirineos y también en los Alpes. En cuanto á la manera de ponerlo en obra, se toma la piedra y se la arroja en agua caliente, permaneciendo allí más ó ménos tiempo, según la temperatura del baño. En seguida se la muele y se la amasa con las manos para hacer salir de ella una especie de tierra blanquiza, semejante á la cal. Esta tierra forma el pegamento de los hilos del amianto. Cuando el agua en que se hace esta operación se convierte en blanca y espesa, se cambia con otra y se sigue la operación hasta que el mineral esté enteramente desprendido de las sustancias extrañas. El amianto, reducido á hilos, se pone en una caña para que seque.

Se toman en seguida dos cardas ó peines semejantes á los que sirven para cardar la lana, y se peina suavemente el amianto. Cuando las cardas están llenas, se las aplica una contra otra y se las fija en

en una mesa; esta es la rueca. Con un pequeño gancho hecho en forma de huso, se sacan los filamentos, se reúnen muchos de ellos, se hace dar vuelta al huso y se obtiene un hilo. Durante esta operación, el obrero tiene cuidado de mojar en aceite el índice y el pulgar; porque el hilo de amianto corta y desuella la piel, y con el aceite se suaviza el filamento y se hace más fácil para hilar. Ya obtenido el hilo, se siguen, para hacer con él el tejido, los mismos procedimientos usados para el cáñamo y el lino. La larga duración del trabajo y sobre todo la rareza del lino viviente, dan una idea de la riqueza de los romanos, que empleaban los tejidos de amianto, no solamente para camisas funerarias, sino también para ropa de mesa. 1 Para limpiar esta ropa de nueva especie, basta arrojarla al fuego; de él sale purificada de toda mancha y vuelve á su primer estado de brillo. Pero los tejidos de amianto son naturalmente secos, de suerte que la simple frotación basta para romperlos; se les conserva untándoles de aceite, y cuando se quiere hacer uso de ellos se les pasa por el fuego. Así es como la misma camisa funeraria podía servir largo tiempo en una misma familia. 2

Augusto, fué, pues, envuelto para ser reducido á cenizas, en este sudario incombustible; y luego fué depositado en un *loculus* del mausoleo imperial. Marcelo su sobrino y Germánico, el ídolo del pueblo, vinieron bien pronto á reunírsele. 3 Fue-

1 Inventum jam est quod ignibus non absumeretur; vivium (linum) id vocant, ardentisque in focus conviviorum ex eo vidimus mappas, sordibus exustis, splendentes igni magis quam possent aquis. Regunt inde funebres tunice, corporis favillam ab reliquo separant funere... Nuscitur, in desertis... assuescitque vivere ardendo, rarum inventu, difficile textu propter brevitatem... Ergo huic lino principatus in todo orbe.—*Plin.*, lib. XIX, c. 1.

2 Véase Ciamp., *Monim. Vet.* t. III, p. 220.

3 Tacit., *Annal.*, III.

ron seguidos de Octavia hermana de Augusto, de Druso y de los otros miembros de la familia reinante, con excepción de las dos Julias, una hija, y otra sobrina de Augusto, que fueron excluidas por orden del mismo Augusto. El último emperador que fué á tomar allí su lugar, fué Nerva, el año 98. Pero como lo hemos observado ya, ni el prestigio de aquellos grandes hombres, ni las rejas de bronce, ni las paredes de mármol, pudieron proteger el monumento imperial que hoy no es más que una informe ruina; mientras que en los mismos lugares reinan gloriosos Pedro y Pablo en sus sepulcros que se han convertido en templos. Solo el cristianismo tiene el privilegio de dar inmortalidad hasta en la tumba.

16 DE ENERO.

Plaza del Pueblo.—Obelisco.—Santa María del Pueblo.—Naumaquia de Domiciano.—Trinidad de los Montes.

No lejos del mausoleo de Augusto está la plaza del Pueblo. Bajamos á ella á buena hora con el fin de volver á tomar el camino en el punto en que lo habíamos dejado ayer. Hermosos paseos, plantíos de verdes árboles, rodeaban la tumba de los Césares, y este eliseo romano estaba sembrado de monumentos fúnebres que pertenecían, en su mayor parte, á los libertos de la familia imperial. Además de los testimonios de la historia, tenemos en favor de este hecho un gran número de inscripciones tumulares halladas en el lugar. Solo referiré la siguiente:

D. M.

VLPIO. MARTIALI. AVGVSTI.
LIBERTO. A. MARMORIBUS.

«A los dioces Manes. A Ulpio Marcial, liberto de Augusto, conservador de los mármoles.»

Al cambiar de destino, no ha perdido la plaza del Pueblo nada de su belleza. Es vasta, circular y está rodeada de estatuas y de soberbios edificios. En el centro, se levanta el obelisco de Augusto con una magnífica fuente, cuyas aguas caen en un recipiente de granito. La circunferencia está cortada por las tres calles de *Babovino*, del *Corso* y de *Ripetta*, que prolongan el rayo visual hasta el centro de Roma, mientras que las bellas iglesias que forman el recinto de la plaza, hacen descansar en ellas la vista deslumbrada con tanta magnificencia y armonía. A la izquierda se dibujan los céspedes del *Pincius*, cortados por senderos en espiral; y á la derecha los verdes árboles que costean el Tiber. La puerta Flaminiana, con sus bajos relieves, completa el panorama. Esta plaza anuncia dignamente la ciudad de Roma á los viajeros que llegan de Francia ó de Alemania por el camino de Toscana. También, desde la antigüedad, la han elegido los emperadores, los papas, los cardenales y los príncipes soberanos, para hacer su entrada pública á la ciudad eterna. Vitelio entró á ella precedido de sus legiones victoriosas para venir en seguida á expirar miserablemente al pié del Capitolio; y Pio VII, de inmortal memoria, al volver de su destierro pasó por allí, acompañado de las bendiciones y de las lágrimas de un pueblo á quien él servía de modelo y de padre.

Nos aproximamos al obelisco para estudiarlo mejor; tiene setenta y cuatro piés de altura, sin comprender el pedestal en que descansa, ni la cruz magnífica con que está coronado. Después de la victoria de Actium y la conquista de Egipto, mandó Augusto trasladar á Roma este soberbio monolito; lo colocó en el *Circus maximus*

y lo dedicó al Sol. En 1589, lo retiró Sixto V de los escombros del Circo, lo mandó erigir en la plaza del Pueblo y lo consagró á la cruz, verdadero sol del mundo. El obelisco mismo refiere su historia y canta su nuevo destino. En el primer costado se lee:

IMP. CÆSAR. DIV. F.
AVGVSTVS.
PONTIFEX. MAXIMVS.
IMP. XII. COS. XI. TRIB. POT. XIV.
ÆGIPTO IN POTESTATEM
POPVLII ROMANI REDACTA
SOLI DONVM DEDIT.

«El emperador César, hijo del divino César, Augusto, soberano pontífice, emperador doce veces, cónsul once veces, tribuno catorce veces, habiendo sometido el Egipto al imperio del pueblo romano, ha ofrecido este dón al Sol.»

En el segundo costado:

SIXTUS. V. PONT. MAX.
OBELISCVM. HVNC.
A. CÆS. AVG. SOLI
IN CIRCO MAXIMO RITV
DICATUM IMPIO
MISERANDA RVINA
FRACTUM OBRVTVMQVE
ERVI TRANSFERRI
FORMÆ SVÆ REDDI
CRVCIQ. INVICTISS.
DEDICARI JVSSIT.
A. M. D. LXXXIX. PONT. IV.

Sixto V, soberano Pontífice, mandó desenterrar, trasladar, restaurar y dedicar á la cruz victoriosa, este obelisco sacrilegamente consagrado por Augusto al sol, en el gran Circo, y después miserablemente roto y sepultado bajo sus ruinas. Año 1589, cuarto de su pontificado.²

Haciendo alusión á la iglesia inmediata de Santa María del Pueblo, añade el obelisco: